

EL MADRILEÑO,

SEMANARIO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y NOTICIAS.

DIRECTOR: D. LUIS ESCUDERO.

Año IV.

Madrid.—Lunes 27 de Julio de 1863.

Núm. 28.

SEMANARIO.

advertencia.—Revista de la semana, por N. —La vida, por L. Escudero.—El cementerio de Paris, carta de Fernán Caballero á su mejor amiga.—Duerme poesía por Gustavo Adolfo Becquer.—Dios, por E. Alfaro.—Juana la Granadina, traducción de Victor Hugo, por Teodoro Lorente.—Eternidad de Dios, por P. Rodríguez Zapata.—Las tres manzanas de oro, por Samuel Huelshorn, traducción de M. Suredas.—Viaje al Japon.—Anuncios.

ADVERTENCIA.

Incansables en el propósito de elevar nuestra publicación á la altura de las mejores que se conocen en España, y sin perjuicio de convertirla mas adelante en periódico político, hemos encomendado su dirección al reputado escritor D. Luis Escudero y Perosso, á cuyo cargo queda desde luego todo cuanto se refiere á la redacción del *Semanario*. Nada mas diremos acerca de esta notable mejora que el público y nuestros constantes abonados tendrán ocasión de apreciar en lo sucesivo.

REVISTA GENERAL DE LA SEMANA.

Entre los pueblos de Europa, que por sus circunstancias excepcionales atraen hoy la atención y el interés universal, Polonia es sin duda alguna la que goza en mas alta escala de este triste privilegio. Por todos es reconocida la justicia de su causa; por todos se compadecen sus grandes y prolongados infortunios, y no hay quien á la vez deje de admirar el heroísmo de que está dando tantas y señaladas pruebas; sin embargo, ese desventurado pueblo que lucha por su independencia y por su religion, sucumbirá muy en breve, si las demas naciones no le prestan el auxilio que hasta ahora ha implorado en vano. Sin este auxilio, ¿cuál será su porvenir? ¿con qué recursos contará para lo sucesivo, cuando hasta la sangre de sus hijos comienza á escasear?

Triste es decirlo; Polonia dejará de contarse en el número de las naciones de Europa, y los mismos que en la actualidad enaltecen su valor en los combates, glorificarán muy pronto su resignación en el martirio.

Aguardábamos con vivísimo afán la contestación de Rusia á las notas de las tres potencias, juzgando con algun fundamento que tal vez esta respuesta vendría á dar un corte pacífico á la cuestion polaca. Nuestras esperanzas han quedado defraudadas por completo, pues la Rusia solo acepta condicionalmente las proposiciones de los gabinetes de Paris, Londres y Viena; persiste en el juicio que le ha merecido siempre el carácter de la insurrección, rechaza el armisticio y consiente en proclamar una amnistía aplicable tan solo á los combatientes que depongan inmediatamente las armas; asegurando por último que no se abrirán las

conferencias interin que Polonia no se encuentre desarmada é impotente para resistir.

Por lo visto, Rusia prefiere la guerra europea á la tranquilidad del continente, puesto que segun todos los indicios, el emperador Alejandro desoira la voz de las potencias que le brindan con una paz honrosa para Rusia y para el pueblo oprimido, para Polonia y sus mártires, y en este caso la guerra del imperio moscovita con las naciones occidentales, es de todo punto inminente.

Para evitar en lo posible los males que amenazan á unos y á otros, seria indispensable la formación de un Congreso europeo; el triunfo de la diplomacia sobre las multitudes, el de la razon sobre la fuerza, y el del derecho sobre la arbitrariedad, serian remedios muy eficaces para el mal que nos amenaza; la guerra es siempre tan perjudicial para los vencedores como para los vencidos. Unase pues las naciones para evitarla, mas si esto no es posible, á pesar de los esfuerzos que se hacen para lograrlo, únense asimismo para emprenderla, en favor de la desventurada Polonia.

La Europa de Francfort, publica una carta dirigida por S. S. Pio IX al emperador Alejandro. En este documento, notabilísimo por mas de una razon, manifiesta la Santa Sede vivos deseos de que se cumplan en todas sus partes los tratados de Varsovia y de Grodno, asegurando al Czar al propio tiempo, que todo cuanto haga por la tranquilidad de la Iglesia y dignidad de la santa religion católica, se convertirá en bien y ventaja del imperio, pues si este sostiene con favor manifiesto á la Iglesia, podrá contar con el respeto y la fidelidad de toda la nacion polaca, que nunca ha estado tan próspera y floreciente como cuando profesaba libremente la religion de sus antepasados.

Veremos cuál es la respuesta de Alejandro II á la carta del Soberano Pontífice.

El *Moniteur* francés publica un despacho del mariscal Forey, en que este da cuenta de su entrada en Méjico y del entusiasmo con que lo ha recibido la poblacion en masa. En Paris corre el rumor de que el gobierno francés se muestra descontento con motivo de la contestación de Rusia á las notas de las tres potencias.

Los periódicos de Nueva-York dan cuenta de nuevos y sangrientos combates entre federales y confederados. La entrega de Vicksburg ha causado gran sensacion en el Norte.

En Italia el tema de todas las conversaciones es la prision en Génova á bordo del vapor «Annis» de cinco napolitanos que habian servido en el ejército de Francisco II, y se dirigian los unos á España, los otros á Argella, puntos que habian escogido para vivir. Como la prision tuvo efecto á bordo de un buque francés, el gobierno imperial pidió la inmediata entrega de los napolitanos prisioneros. El gabinete Minghetti quiso en un principio negociar ofreciendo la destitucion de las autoridades de Génova; pero como la violación del derecho marítimo era manifiesta y la Francia se

ha mostrado resuelta á sostenerlo, los cinco napolitanos han debido ser ya devueltos á las autoridades del imperio.

Las noticias de Grecia, hacen temer que en Atenas ocurran nuevos y deplorables desórdenes. El número de víctimas que han sucumbido en los combates que han ensangrentado las calles de aquella ciudad, se calcula en 158 muertos y 70 heridos. En estas cifras figuran, á mas de los combatientes, algunos transeuntes inofensivos, niños y mujeres.

De política interior solo podemos decir á nuestros lectores que anda de *veraneo*, y que con este motivo son muy pocas y de escasa importancia las noticias que circulan. Sin embargo, alguna que otra vez suele correr por Madrid, y cuando menos se espera, algun noticion de esos, que para contentamiento de unos y susto de los mas, propalan los soñadores de *crisis* por los cafés y redacciones de periódicos.

Interin que se efectúan las elecciones, que es hoy la cuestion capital, los *amantes* de la politica siguen realizando esperanzas y esperando realidades.

Dios les dé lo que les hace falta.

Los jardines de recreo y los circos de Price y Cisneros continúan atrayendo todas las noches á su agradable recinto una concurrencia numerosa y escogida. No podemos menos de elogiar como se merece el celo de las respectivas empresas, las cuales de día en día y sin omitir gastos ni sacrificios de ningun género, van dando á sus espectáculos toda la variedad y animacion posibles. —X...

LA VIDA.

¿Qué es la vida?...

Admirate, caro lector; la vida, segun se nos viene diciendo desde muy antiguo, es un hilo tenue y en extremo delgado, cuyas dimensiones varian, y cuya duracion es mas ó menos larga, segun su elasticidad y fortaleza.

Uno de sus extremos toca en la cuna; el otro en el sepulcro.

A medida que es mayor la distancia que media entre este último y aquella, el hilo se pone cada vez mas tirante y se encuentra mas próximo á romperse.

Por eso en la niñez no temamos á la muerte, ni en la juventud nos acordamos de ella para maldita la cosa. Mas no sucede lo propio en la vejez en cuya época nos causa un miedo terrible, y es porque la vemos de cerca.

Sobre el hilo de la vida, que si hemos de creer á los griegos, comienza Khathu, hija Lachesis y corta la inexorable Atropos. En se posan con harta frecuencia las enfermedades, los vicios y los artemenes; figúrate si es fácil que el hilo se quite con los malos médicos, el suicidio ó el verdugo.

Muchas veces es la desgracia, con su fúnebre cortejo de pesares, de privaciones y miserias la que amenaza romperlo con su peso, y en algunas, aunque pocas ocasiones, lo consigue.

Pero esto debe mirarse como una escepcion de la regla, y por lo tanto conviene dejar en toda su fuerza y vigor aquel dicho vulgarísimo, pero exacto, de que *los pesares no matan*.

Tan es así, que yo pobre de mí, que los llevo experimentados de padre y muy señor mío, no he dejado de vivir por eso; tú mismo, querida lector, quizás no me vayas en zaga

(1) Las tres Parcas.

en lo de sufrir y llorar, y sin embargo, vives tambien. Verdad es que tú (al menos así lo supongo) tendrás, como yo he tenido en mis grandes cuitas, la resignacion y fé necesarias.

La esperiencia que es la gran maestra del hombre, nos enseña que la fé y la resignacion son un bálsamo precioso que dulcifica los dolores y fortalece el ánimo.

Lo extraño es, que la alegría y la felicidad se entretienen tambien algunas veces en hacer oscilar el débil hilo de nuestra existencia.

Convendrás en que mas que el dolor puede matarnos el gozo, sobre todo si es inmoderado y viene á cogernos de sorpresa.

Pon la mano en tu pecho, lector amigo, y sé franco al contestarme.

¿Podrías resistir á la noticia de que te habia caído el premio gordo?...

Mas volvamos á nuestro asunto.

¿Qué es la vida?...

Ya sabes como era considerada entre griegos y romanos. Los filósofos, legisladores, políticos y sábios de todas las épocas y países la definen de diversos modos; pero mas bien que de la vida individual, se ocupan de la vida colectiva.

No la estudian en el hombre sino en las sociedades.

Los pueblos nacen, se desarrollan y mueren como el individuo, y las causas de su prosperidad ó de su ruina pueden buscarse en la historia.

Recorre sus páginas y verás en ellas, como en muchos casos el mismo elemento que dá vida y prosperidad á unas naciones, debilita y destruye á las demas.

Lo que hizo florecer á Grecia sirvió para matar á Roma. Quita á unos pueblos la libertad y perecerán en breve.

Arranca de los otros la *esclavitud* y es mas que probable que tambien perezcan en un periodo mas ó menos largo.

Si quieres saber lo que es la vida de los pueblos, estudia.

Si quieres saber lo que es la del hombre, escúchame.

Para unos es un *sueño*, para otros una cadena de pesadimos eslabones, para la mayor parte una luz que se va consumiendo poco á poco. Los desgraciados, que en este valle de lágrimas son los mas, la miran como á un camino largo y cubierto de abrojos; los felices, que son los menos, ven en ella por el contrario un sendero lleno de flores y de encantos.

Pregunta á la casta esposa y tierna madre que da el pecho al hijo de sus entrañas, qué es la vida, y te contestará que la vida es el paraíso.

Pregunta á esas jóvenes, que cubiertas de galas y con la sonrisa en los labios, recorren de noche las principales calles de Madrid y... Pero no, guárdate de hacerlas una sola pregunta; porque como ha dicho uno de mis mejores amigos, esas jóvenes si miran manchan, si hablan avergüenzan, si tocan señalan.

Yo te contestaré por ellas; la vida de esas desgraciadas mujeres es un infierno.

Hay tambien quien suele comparar nuestra existencia al Purgatorio.

Si tienes suegra, lector amado, estoy segurísimo de que mas de una vez habrás hecho tú mismo semejante comparacion.

Ahora, réstame solo definir la vida á mi manera y como Dios me dé á entender.

No juzgues que acometo una empresa tan árdua y deli-

cada sin que me haya preparado antes, haciendo sobre el particular *largas y maduras reflexiones*.

Si lo que voy á decir es un disparate, súpelo con paciencia; si te pareciere razonable y digno de tenerse en cuenta, no lo echés en saco roto.

La vida para mí es un libro, unas veces en *fólio* como el de Matusalen, y otras de reducido tamaño como el de las inocentes víctimas de Herodes.

El tiempo va volviendo las hojas de este libro sin que apenas nos apercebáramos de ello; y como por el Creador fuimos dotados del libre albedrío, vamos escribiendo en cada una de sus páginas y por nuestra propia mano, todas nuestras buenas ó malas acciones.

Pero así como los muchachos atolondrados escriben su plana sin cuidarse de los borrónes que puedan caer en ella, así nosotros escribimos en el libro de la vida sin que nos sobresalten ni apesadumbren los errores que podamos cometer.

Llega un día, sin embargo, en que comienza á inquietarnos nuestra obra, recorremos lo que hay trazado en ella, vemos con claridad sus defectos, y entonces queremos enmendarlos á toda costa.

¡Dichoso el que no tenga en el libro de su vida ni una ligera falta que corregir!

¡Desgraciado aquel á quien viene á sorprender la muerte, sin que haya tenido tiempo de grabar en la última hoja la indispensable *fe de erratas!*

LUIS ESCUDERO.

EL CEMENTERIO DE PARIS.

CARTA DE FERNAN CABALLERO Á SU MEJOR AMIGA.

Una de las muchas ventajas de la vida material que proporciona París, es la de disfrutar sin gran dispendio de un excelente y exacto peluquero diario, y á hora fija.—

Estos señores que son muy hábiles en su profesion, tienen además muy buenas maneras y muy buena conversacion. Cuando emprenden esta con forasteros, es, como puedes inferir, para celebrar á su París, que admiran fanáticamente, y encomian con entusiasmo y exaltacion.

Todos los dias me preguntaba el nuestro, durante su faena, lo que habíamos visto en el dia anterior, para gozarse en las impresiones de admiracion que nos habia causado, y lo que pensábamos ir á ver en aquel, con el fin de enumerar todas las bellezas de las cosas que íbamos á examinar, y que ninguna se nos pasase por alto.—

—¿Dónde piensan los señores ir hoy? me preguntó antes de ayer.

—Al *Père La Chaise*—!, contesté.

—¡Ah! exclamó entusiasmado, entonces van á ver los señores el primer cementerio del mundo; un parque admirable; el mas ameno jardin de los muertos; una maravilla.

Como se vé, los parisienses están en extremo ufanos con su cementerio.

Antes de llegar á él se pasa por una larga hilera de talleres de lápidas y otros objetos de mármol destinados al ornato de los sepulcros, y otra de puestos en que se venden coronas de eternas. Muchas de estas florecitas que han debido su nombre á su duracion, y que son amaril-

(1) Sábese que este es el nombre que ha conservado el cementerio fundado por el sacerdote de este nombre, que fué confesor de Luis XIV.

las, están teñidas de negro; estas me causaban el mismo efecto que esos niños chiquitos que llevan en brazos vestidos con el luto de una pena que ni comprenden ni sienten (1).

Al traspasar la verja de hierro que dá entrada al vasto recinto, en que sin citarse se rennen todos, el terreno se vá elevando gradualmente. En el promedio de la cuesta, y en el lugar en que estaba la casa del Padre La Chaise, hay una pequeña capilla. Desde aquel lugar se disfruta una hermosa vista de París. Forma un conmovedor contraste el contemplar aquel centro de la vida, del movimiento y del ruido, desde aquel otro que lo es de la muerte, del silencio y de la inmovilidad. ¡Qué augusta, qué solemne, qué amonestadora es la muerte cuando la consideramos como cristianos! ¡Cuán horrible y repugnante, y cómo rebaja nuestro ser, cuando la consideramos como ateos!

La inmensa área cubierta de sepulturas que veía, no se puede calificar, como lo hacen muchos, de parque, aun prescindiendo de la significacion moral lugar de recreo que encierra esa denominacion, sino tambien porque en su parte material no es sino un vistoso laberinto de apiñados, variados y costosos mausoleos y tumbas mezcladas con pequeños cipreses y flores con poca variada monotonía. No es tampoco propiamente lo que llamamos un cementerio, sino el dominio de las artes con destino al recuerdo de los méritos, glorias y hechos de los que allí yacen; su objeto, aunque laudable, es mundano; y lejos de ser, como debe serlo todo cementerio, el humilladero de la soberbia del hombre, es su apoteosis.

En la cima de la colina se alza el magnífico sepulcro del general Foix. A su espalda el de la condesa rusa Demidoff, sumptuoso mausoleo de mármol de inmenso costo. Lo son igualmente todos los de los mariscales del imperio, varios ostentando las estatuas de sus dueños, los unos hablando en la tribuna, otros con la espada en la mano. No ví estatua ninguna del que representaba, muerto y con las manos cruzadas en actitud de presentarse en el supremo tribunal, á excepcion de los antiguos sepulcros de Abelardo y Eloisa allí traídos: todo recordando la vida; nada recordando la muerte.

Han trasladado allí las sepulturas mas modernas de Molière y la Fontaine, que encierra una misma verja de hierro.

Sobre el sepulcro de mármol de este último hay un emblema, epitafio ó memento: ¿qué creerás tú? La cruz, la calavera, las R. I. P. del cristiano, ó el famoso S. T. T. L. romano? Nada de eso. Hay... una zorrilla, de manera que parece el enterramiento del mismo Maitre Renard. Esto, en lugar tan austero, es una candorosa sencillez que sobrepaja á todas aquellas con las que este escritor ha sabido hacer tan admirables sus amenos escritos.

Véanse los sepulcros de Boieldieu, Bellini, Méhul, Harold, y sobre este último una lira con las cuerdas rotas. Ví tambien un monte pequeño formado con ligeras rocas artificiales, en cuya cúspide se alzaban dos pequeños maderos; y pensando que formaban una cruz santa, dirigí con preferencia mis pasos allí; pero no era lo que habia parecido, sino un telégrafo lilliputiense, que segun su objeto y su mision, participaba que yacia allí su inventor Chappe.

Sobre todos estos fastuosos monumentos se levanta una

(1) Las eternas que aqui se conocen con ese nombre son encarnadas, mucho mayores y de menos duracion.

enorme pirámide, tan alta como la columna de la plaza de Vendôme, pero no para sostener como aquella á un emperador, sino una estrella dorada, atinado emblema del que cubre aquel sepulcro suntuoso. Creso improvisado, que segun se dice hizo su caudal en la *Ronde-noire* de los *Démolisseurs*; esto es, de los que en tiempo de la revolucion compraban conventos é iglesias que destruian para vender los ricos materiales y objetos de valor que encerraban.

No me parece que debería haber nada de profano en lo que define nuestra bella expresion vulgar con el nombre de Campo-Santo, á cuya entrada debería hallarse el solemne y religioso *Memento, homo, quia pulvis est, et in pulverem reverteris*. Los monumentos levantados á los grandes hombres y genios, esos bellos tributos del aprecio y gratitud de los pueblos, yo no los erigiria en el lugar en que yacen sus cadáveres; en un cementerio en el que todo debe recordar la muerte y solo la muerte. Pero en este, como ya he observado, todo recuerda la vida. En afirmacion de lo dicho, dícese, pero no puedo afirmarlo porque no lo he visto, que existe en el citado cementerio un epitafio concebido en estos términos:

«Aquí yace X.—Excelente hijo, excelente padre, excelente esposo, excelente ciudadano, de todos muy sentido, en particular de su inconsolable viuda, que sigue al frente de su acreditada sombrerería, calle tal, número tal.»

Al retirarnos, el guarda, que con su casaca de terciopelo negro, su placa de plata y una banda teñida al brazo nos había hecho los honores de aquel inmenso panteon, me preguntó ufano si no era aquel el cementerio más magnífico del orbe.

—Lo es, respondi; y tanto, que si yo hubiera podido influir en la eleccion de los nombres que llevan los sitios públicos de París, habría trocado el que lleva este lugar elevado, alegre y lleno de curiosidades artísticas, con el que lleva el paseo algo triste y cercano al Sena, de Campos Eliseos.

El guarda quedó muy satisfecho y lisonjeado con mi respuesta; pero no así un caballero francés amigo nuestro que nos acompañaba, el cual me preguntó qué era lo que me movia á decir eso.

Le contesté:—Es, el que despues de haber recorrido 122 fanegas de tierra cubiertas de sepulturas, no hallo en ni temple la grave, austera y religiosa impresion que la costumbre y obligatoria en el vivo que visita la mansion de los muertos. Estoy admirado, sin duda, de tanta riqueza y tanta joya artística; pero esta aristocracia llevada *ultra-tumba* conmueve el corazon que una sencilla cruz de madera, cruz que nos valió y promete la redencion; y mas que todos los epitafios laudatorios y emblemas, me impresionan estas breves palabras: *rogat per se nitui*; que nos dá la consoladora conviccion de la eficacia de los sufragios.

—Pues cabe de parte de los vivos para honrar la memoria de sus allegados, añadió, más fausto y más grandioso?

—Cabalmente, contesté, es esto lo que no me satisface, porque el fausto y la muerte son lo más contrapuesto que hablan, así el cristiano como el filósofo; el fausto en un sepulcro es el mas completo triunfo de la trivialidad humana. Pero note V. que no lo moleja en los *judicados*, que una vez establecida la costumbre la siguen, sino la *costumbre* que lo ha sancionado. La igualdad, no la material y soberbia, sino la moral y humilde, donde tiene su más práctica

aplicacion es en ese *Campo-Santo*, que rechaza de sí todo lo profano.

—¿Qué forma, pues, repuso mi interlocutor, parece á V. mas apropiada al último asilo de los que hemos amado? ¿Piensa V., añadió con ironía, que se deberían enterrar los cadáveres en las iglesias como antes se hacia?

—No, señor, le contesté. Los reformadores al vapor se figuran que los que no caminan á su manera se quedan parados, lo cual es inexacto y nunca ha sucedido. Cuando habia innumerables iglesias y las poblaciones eran cortas, podia hacerse una cosa que hoy dia seria irrealizable. Pero mas adecuados á su objeto me parecen los cementerios de España, sobre todo uno que he visto cercano al mar. Era un inmenso cuadrado formado en medio de anchos muros, que cual avisperos estaban llenos de nichos todos iguales, en los que, al lado unos de otros se embutian los féretros, y que despues se cubrian con una losa de mármol blanco, que grabada con caracteres negros, llevaba el nombre de la persona finada, la fecha de su muerte y la santa jaculatoria:

Eterna paz áale, Señor.

El suelo de este inmenso cuadrado era de arena, que es suelo muerto, estéril, inerte, propio de aquel lugar, y que no dejaba vejetar planta alguna, ni aun el austero ciprés, que parece probar que aun las plantas se diferencian entre sí, teniendo cada cual su indole y su carácter. En medio de este cuadro habia una capilla, y en esta una cruz con el Señor agonizando en ella y muriendo al pronunciar la más elemental de las palabras que pronunciaron sus elementos líbios,

¡Padre, perdónalos!

Este descrito lugar, proseguí, me parece la exacta y cumplida expresion de religion y de gravedad solemne y tranquila, adecuada, no al *jardin de los muertos*, sino al *Campo-Santo*, al que el cristiano confia los restos mortales de las personas que amó.

Al dia siguiente, lo primero que me preguntó lleno de vanagloria el peluquero fué si me había parecido bien el Père La Chaise.

No contesté.

—¿Cómo! exclamó asombrado; ¿no ha admirado á V.?

Guardé el mismo silencio, porque no atinaba qué contestarle.

—¡Ah! ya caigo, añadió despues de un rato de reflexion; el Père La Chaise no ha agradado ni llevado á V. porque es un cementerio.

—Al contrario, contesté; á pesar de sus bellezas no me ha llevado, porque no me lo ha parecido.

FERNAN CABALLERO.

DUERME!!

Dormida, tiendo al murarte;
Despierta, me atrevo á verte;
Por eso, alma de mi alma,
Yo velo mientras tú duermes.
Despierta, ries, y al reir, tus labios
Inquietos me parecen
Relámpagos de grana que serpean
Sobre un cielo de nieve.
Dormida, los extremos de tu boca
Plega sonrisa leve,
Suave, como el rastro luminoso

Que deja un sol que muere.

¡Duerme!

Despierta, miras, y al mirar, tus ojos
Húmedos resplandecen
Como la onda azul en cuya cresta
Chispeando el sol hiere.
A través de tus párpados, dormida,
Tranquilo fulgor vierten,
Cual derrama de luz templado rayo
Lámpara trasparente.

¡Duerme!

Despierta, hablas, y al hablar, vibrando
Tus palabras parecen
Lluvia de perlas que en la copa caen
En sonoro torrente.
Dormida, en el murmullo de tu aliento,
Acompasado y breve,
Escucho yo un poema que mi alma
Enamorada entiende.

¡Duerme!

Sobre el corazón la mano
Me he puesto, porque no suene
Su latido, y de la noche
Turbe la calma solemne.
De tu balcón las persianas
Cerré ya porque no entre,
Si nace, el rayo azulado
De la aurora, y te despierte.

¡Duerme!

GUSTAVO ADOLFO BECQUER.

DIOS (1).

—Dónde está Dios, madre mía,
Dónde está? quisiera verlo.
—Vés los purpúreos colores
que la aurora dá á los cielos?
Sientes la dulce armonía
que vaga en alas del céfiro?
No oyes el alegre trino
del pajarillo en el viento
y el murmullo de ese arroyo
que serpea placentero?
¿Sientes el soplo del aura
que humedece tus cabellos;
no ves el azul alegre
del tranquilo firmamento,
y el placer con que saluda
cantando el pobre labriego
al sol, que ya con sus rayos
dá vida y color al suelo?
¿No miras el oleaje
de aquel mar puro y sereno?
¿No percibes el aroma
que la flor devuelve al cielo;
y no oyes de esa campana
el acompasado acento
cómo resuena en los valles
y allá en los montes, mas lejos?
Pues cuando vés, cuando escuchas,

y ese dulce sentimiento
que ahora humedece tus ojos,
á Dios proclaman.

—Es cierto;

ya lo admiro en todas partes,
sí, madre mía, lo veo
en el mar, en el espacio,
en las flores, en el céfiro,
y en los ecos misteriosos
de esa campana lo siento.
El alma lo vé y lo escucha
de la noche en el silencio,
de la bravia tormenta
en el horrisono trueno.
Es Dios quien tu amor me envía,
quien dá vida al universo,
quien me hace besar tu frente
y dá un suspiro á mi pecho.

E. LLOFRIC Y SAGRERA.

JUANA LA GRANADINA.

(TRADUCCION DE VICTOR HUGO.)

A Juana, la graciosa granadina.
Dijo el sultan así:
—Todo mi reino diera por Medina,
Y Medina por tí.
—En vano á mi inocencia tiendes lazos;
Hazte cristiano ¡oh rey!
Que es el placer que se halla en vuestros brazos
Crimen, según mi ley.
—Si hacerme bautizar es necesario,
Yo me haré bautizar;
Pero deja que tome por rosario
¡Oh Juana! tu collar.

TEODORO LLORENTE.

ETERNIDAD DE DIOS.

SONETO.

Cuando al lucir el postrimero día,
Los astros en pavesas convertidos
Rueden y el mar con horribidos bramidos
Al caos torne en la región vacía;
Y rota la ancha base de yacia
La tierra, con sus ejes sacudidos,
Vagar se mire en átomos perdidos
Por espacios sin fin en noche umbría;
Y ante un trono de luz, final sentencia
Escuchen de la vida ó de la muerte
Los restos de las tumbas animados,
El tiempo acabará, no la existencia
Del Dios que es inmortal, y santo y fuerte
Sobre mundos y mundos consumados.

FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA.

LAS TRES MANZANAS DE ORO.

POR NATANIEL HAWTHORNE.

¿Has oído hablar alguna vez, amigo lector, de las manzanas de oro que se criaban en el jardín de las Hespérides?
¿Qué manzanas aquellas! Estoy seguro de que la más pequeña de las ramas en que crecían se pagaría hoy á precio fabuloso, si pudiese hallarse; pero tengo, también, el

(1) Este romance forma parte de la colección que con el título de *CANCIONERO DE LA INFANCIA* publicará en breve su autor.

convencimiento de que no existe en todo el universo ninguna de fruto tan extraño; ¿qué digo? ni un grano de semilla tampoco.

No estará de mas que te diga que allá en la mas remota antigüedad, mucho antes de que la mala yerba hubiese invadido el jardin de las Hespérides, habia no pocas personas que tuviesen sus dudas acerca de la existencia de semejante arbolillo. Todos habian, es cierto, entendido algo de las manzanas de oro; pero ninguno se acordaba de haberlas visto. Los niños especialmente solian escuchar con la boca abierta las historias del manzano maravilloso, y tomaban la resolucion de ir á buscarle, cuando fuesen grandes. Muchos aventureros habian partido ya en diferentes épocas; pero gran parte de ellos se quedó por allá, y de los que volvian, ninguno traía manzanas de oro. Esto no es extraño tampoco, porque, al pié del árbol, se decia, estaba siempre un dragon de cien cabezas, de las cuales cincuenta velaban, mientras las otras cincuenta dormian. Para mí tengo que no merecia la pena de pasar tantos trabajos y peligros una, ó dos, ó tres manzanas de oro macizo. Si hubieran sido dulces, tiernas y jugosas, ya se comprende que los hombres hubieran ido á buscarlas, á pesar del dragon; pero siendo de una materia tan insípida como es el oro...

Pues, como iba diciendo, era cosa muy general, entre los jóvenes que se fastidiaban de la paz y reposo en que por entonces se vivia, el ir en busca del celebrado jardin de las Hespérides, cuando un dia, cierto héroe que, maldito si habia disfrutado un mes de sosiego desde que nació, tomó la resolucion de acometer la empresa del jardin de las Hespérides. En la época de que voy hablando, viajaba por las hermosas tierras de Italia, con una maza enorme y pesadísima en la mano, y suspendido á la espalda un arco y una carcax. Su equipaje era sencillo y hermoso al mismo tiempo, como que se componia solamente de la piel del leon mas grande y bravo de los nacidos; y aun cuando es una verdad de á folio aquel adagio que dice: *El hábito no hace al monje*, y por mas que este mozo fuese bueno, generoso y noble, no es menos cierto que en su corazon tenia mucha parte de los instintos feroces del primitivo dueño de su capisayo. A medida que avanzaba en el camino, preguntaba á todos los que se iba encontrando si aquel lo era del dicho jardin; pero como ninguno en aquella tierra oyó jamas palabra de las Hespérides, de seguro se le hubieran reido en las narices, tomándolo por loco, de no haber reparado en la maza enorme que manejaba como un baston.

Siguió el tal caminante, caminando, caminando, y haciendo siempre la misma pregunta, hasta que llegó á la orilla de un rio, donde unas cuantas zagalas pasaban el rato sentadas sobre la fresca yerba, en tejer guirnaldas de flores.

—Díganme, niñas, preguntó el viajero, ¿no iban por aqui al jardin de las Hespérides?

Las zagalas, que por cierto eran preciosas, se divertian, como ya dije, en hacer coronas de flores para ponerlas en la cabeza, y se daban tanto arte y tanta maña que se hubiera dicho que habla en sus dedos algun poder mágico que ponía mas frescas á las flores, que las avivaba mas el color y que hacia mas dulce y suave su perfume, mientras las manejaban; y no exagero nada con decirte, para que acabes de comprender la destreza de aquellas criaturas,

que las flores conservaban en sus pétalos las gotitas de rocío que tenian en la mata, antes de separarlas de ella. Pero, al oír la pregunta del viajero, se pusieron pálidas como azucenas, se miraron unas á otras, y las guirnaldas se les cayeron de las manos.

—El jardin de las Hespérides! prorumpió una de ellas. ¿Y hay todavia quien quiera ir á él, despues de tantos desengaños? ¿Qué vas (1) á hacer allí, temerario?

—Cumplir la orden que me ha dado un rey, primo mio, de cojerle tres manzanas de oro.

—Pues la mayor parte de los jóvenes que van en busca de esas manzanas, dijo otra, las quieren para sí, ó para regalarlas á sus novias; de suerte que tú querrás mucho á tu primo.

—Así, así, respondió, dando un suspiro el extranjero, porque mas de una vez ha sido injusto y cruel conmigo; pero, añadió, encogiendo los hombros, mi destino me manda obedecerle.

—¿Y sabes, le replicó la zagala que habia hablado primero, que hay al pié del árbol un terrible dragon de cien cabezas, guardando las manzanas de oro?

—Ya lo sé, respondió el caminante con calma; pero desde la cuna, casi puedo decir que mi ocupacion ha sido vencer serpientes y dragones.

Las zagalas miraron entonces la pesada maza y la piel de leon que llevaba, así como ya habian reparado en la robustez de su persona y varonil expresion de su rostro, y se dijeron al oído que bien podia esperarse de aquel sujeto proezas mas grandes que de los demas hombres. Pero, ¿quién era el guapo que se atrevia con el dragon de cien cabezas? ¿qué mortal, aun cuando tuviese cien vidas, podia prometerse las felices con semejante monstruo? Y luego, las muchachas tenian tan buen corazon que les daba pena el pensar que aquel joven, iba, positivamente, á servir de merienda al dragon de las Hespérides.

—Vuélvete, dijeron todas, vuelve á tu casa! y tu madre al verte entrar sano y salvo llorará de alegría. ¿Qué mas puedes ambicionar, si ella no haria otra cosa aun cuando vencieses al dragon? ¿Qué te importan las manzanas de oro, ni el rey tu primo? Anda, vuélvete; que nosotras no queremos que te coma el dragon de las cien cabezas!

Pues, señor, al extranjero no le sentó muy bien esta salida; y aun cuando se contuvo, por galanteria, y nada le quiso contestar, se le ocurrió daries una prueba de su poder; y como para muestra basta un boton, levantó su pesada maza, la dejó caer indolentemente sobre un pedrusco que acertó á estar por allí cerca, medio sepultado en la tierra, y la roca se hizo diez mil pedazos. Esta barbaridad ó esta hazaña, digna por cierto de un gigante, no costó al viajero mayor esfuerzo que hubiera necesitado cualquiera de las zagalas para acariciar con una flor las sonrosadas mejillas de su compañera.

—Os parece, dijo entonces á sus interlocutoras, con una sonrisa maliciosa, que un golpe como este podría romper una de las cien cabezas al dragon?

Lo cual dicho, tomó asiento en el santo suelo y les contó la historia de su vida, ó al menos de su parte mas aventurera, empezando por el dia en que la rodela de bronce de cierto guerrero le sirvió de cuna. Parece que una vez, mientras se entregaba en su cunita á los ejercicios vocales, propios de la edad mamona, dos enormes serpientes, atraí-

(1) Entonces todo el mundo se hablaba de tú por tú. (N. del T.)

das por la melodía, se le acercaron arrastrando, y ya iban á devorarlo, cuando él, chiquito y todo como era, cogió á entrambas con sus manitas, y apretándoles el gáñote las dejó sin vida. Cuando todavía era rapazuelo mató un león, casi tan grande como aquel cuyo vestido tenía puesto; y algun tiempo después combatió con una especie de monstruo, horrible y fiero que se llamaba hidra, y no tenía menos de nueve cabezas, armadas todas de dientes agudos como estoques.

—Pero, dijo una de las muchachas, el dragon de las Hespérides tiene ciento!

—Sin embargo, replicó el extranjero, mas quisiera yo habermelos con dos dragones como ese que con una hidra; porque no bien le cortaba una cabeza, le salían dos en su lugar, y por añadidura, una de las cabezas era inmortal; y como seguía tirándome mordiscos mucho rato después de haberla separado del tronco, me ví en la necesidad de sepultarla bajo una piedra, donde, sin duda, vive todavía. Pero ya, ni la hidra ni sus ocho cabezas restantes harán mal ninguno.

Comprendiendo las zagalas que la relación del viajero picaba ya en historia, y que tendrían para rato, prepararon una merienda de pan y uvas para que, en los intervalos, tomase un bocado. Ellas mismas lo servían muy complacidas, y de tiempo en tiempo se acercaban un gajito á sus labios de rosa, fingiendo comer para que no le diese vergüenza de hacerlo solo.

El de la piel de león se puso entonces á contarles cómo había perseguido, cierta vez, á un agilísimo ciervo, durante doce meses consecutivos, sin pararse á tomar resaca, y de qué modo lo cogió por los cuernos y se lo llevó vivo á casa. También les refirió una guerra que sostuvo con hombres-caballos, de los cuales no dejó sanos ni los rubos, para que jamás se viesen por la tierra semejantes adelfos; y les añadió que una de las cosas de que mas se gloriable era de haber linpiado una caballeriza.

(Se continuará.)
M. J. B.

VIAJE AL JAPON.

TRADUCIDO POR L. ESCOBERO

El día 24 de setiembre de 1860 llegamos á Osaka después de una feliz travesía. Osaka es el Paris del Japon, y una de las cinco ciudades imperiales. Fuercientemente situada en la estreñidad Sud de Nippon, en una llanura fertilísima, y á la márgen del río navegable de Iodogawa, que corre al Norte, desemboca en el mar y á muy poca distancia de la población. El río atraviesa el término de Osaka, y sus aguas son conducidas por medio de un largo canal hasta la parte Sud, donde residen los habitantes acudados. Algunos pequeños canales recorren la ciudad en todas direcciones, y tienen bastante profundidad para ser navegables; así es que de continuo los atraviesan innumerables falúas que, cargadas de mercancías, se detienen á cada momento á las puertas de los negociantes; y mas de cien puentes, algunos muy hermosos, se hallan colocados sobre estos canales. Osaka es muy populosa, tanto que los japoneses se vanaglorian de poder levantar en ella un ejército de 80,000 hombres. Es la ciudad comercial de mas importancia en el Japon, y se halla muy bien situada para comerciar por mar y por tierra. En ella se reúnen los mercaderes mas ricos del imperio, los artistas mas hábiles y los mas importantes manufactureros; por esta razón es una ciudad espléndida y lujosa, al par que un bazar inmenso y una fábrica vastísima.

Tan pronto como llegamos á Osaka, nos informamos de

las principales curiosidades, y alabándonos mucho el jardín botánico y el gran templo, nos propusimos luego visitarlos. Atravesando la ciudad, pudimos juzgar de su elegancia, de su estension y de su riqueza. Hacia un calor sofocante, y sin embargo, en los muelles de la ribera sobre la cual navegábamos, habia una muchedumbre gozosa, á quien lo elevado de la temperatura no parecia molestar en nada: nuestras embarcaciones eran falúas cubiertas y distribuidas en cámaras. Pasamos bajo innumerables puentes de madera, algunos de mucha estension, y tuvimos que emplear unas cuantas horas antes de llegar al jardín botánico. Tomamos tierra en fin, y en breve nos vimos confundidos entre una multitud de japoneses, ávidos de contemplarnos. Muy dichosos fuimos en poder llegar sanos y salvos hasta el renombrado jardín, en el que no encontramos nada de extraordinario, si se exceptúan algunas plantas enanas que brotaban entre los guijarros y entre el carbon de piedra. Colocados en un sitio elevado del jardín, presentose ante nuestros ojos el panorama de la ciudad, es decir, el conjunto de sus techos. Muy en breve dejamos aquel lugar para ir á visitar el gran templo.

Las calles del tránsito estaban casi desiertas por aquel lado, y pudimos observar algunos templos pequeños edificadas á izquierda y derecha. Recorrimos una gran distancia, y al cabo nos vimos recompensados de nuestras fatigas contemplando la mas estraña arquitectura de la tierra. En el centro de un largo espacio cuadrangular, elevábase una pagoda de madera con dragones amenazantes y divisas casi tan amenazadoras, ostentándose sobre la pagoda y el techo encorvado graciosamente. Esta pagoda estaba flanqueada por otros templos, y situada en un hermoso parque. Como el sol comenzaba á descender, y teniamos que recorrer una gran distancia para llegar á nuestras embarcaciones, nos pareció oportuno el regresar á ellas, pero no quisimos hacerlo sin haber comido antes y dado un paseo por el patio del antiguo templo, con ánimo de ver el efecto de la luna esclareciendo de una manera fantástica el viejo edificio, donde hornigueaban á guisa de espíritus, soldados y agentes de policia, de los que algunos, sentados y formando grupos, fumaban silenciosamente su pipa. En cuanto á nosotros, maseábamos nuestros cigarros y añadiamos con nuestra presencia otro atractivo mas á lo pintoresco del templo. En el interior de las salas véase ascribiendo á varios *yamius* (1), otros comían, algunos fumaban y los mozos circulaban con el mayor apresuramiento á través de la multitud. Las cocinas no presentaban menos animacion; el carbon de piedra levantaba grandes llamaradas, y no se veían por todas partes mas que asados y frituras. Los domésticos eran apostrofados con gritos equivalentes á nuestro *¡ah!* y contestaban por medio de una exclamacion idéntica á nuestro *ya voy*, causando todo este movimiento un ruido difícil de describir.

No dejamos el templo hasta el día siguiente por la mañana, y al entrar en Osaka, las grandes líneas de calles desiertas nos parecieron sin término. Cruzábamos puentes á cada paso, y verificamos por último nuestro regreso, dejando atrás el palacio imperial con sus vastos edificios, rodeados de altas murallas, flanqueadas de trecho en trecho por macizas torres cuadradas.

Bien pronto abandonamos á Osaka y atravesamos una llanura estendida y en extremo plana. Los pilluelos de los lugares por donde pasábamos, corrían detrás de nosotros con una rara imprudencia, y nos interpelaban y se burlaban de nosotros con un valor incomprendible; pero nos bastaba solo volver la cara hácia ellos, para ver huir muy lejos á esta turba de moccosos japoneses. Subimos á una pequeña montaña cubierta de árboles, que se encontraba en nuestro camino, y desde aquella altura descubrimos toda la llanura de Osaka. La vista, por la verticale del otro lado, no era menos deliciosa, pues la formaban montañas y valles, destacándose las unas, y estendiéndose los otros, bajo un cielo sin nubes. Resolvimos descansar un momento y desayunarnos sobre aquella eminencia.

(Se concluirá.)

(1) Agentes de policia.

CAJA DE AHORROS
DE EL MADRILEÑO.

Como teníamos anunciado, desde el 1.º de julio ha empezado esta benéfica Caja á ser el consuelo de nuestros suscritores que tienen la desgracia de caer enfermos.

Dos certificaciones registramos, y las dos han sido atendidas con la solicitud que nos habíamos propuesto al iniciar este pensamiento, pensamiento que lleva en sí la doble ventaja de que es enteramente gratuito, y que por ningun motivo cuesta al suscriptor ni un céntimo de real. Este noble desinterés de una Empresa editorial, habla muy alto en favor de los sentimientos benéficos de nuestro país. ¡Ojalá que tuviera muchos imitadores! Nosotros creemos que los sacrificios de la Empresa en pró de sus suscritores han de ser dignamente recompensados. Decimos más: creemos que cada céntimo que la Empresa gaste en esas obras de caridad, han de ser granos de oro que el cielo derrame sobre los que alienden al alivio de la humanidad.

Siga la Empresa de *El Madrileño* en esa noble carrera que ha inaugurado, y alcanzará, no solo el agradecimiento de todos sus suscritores, sino las bendiciones del cielo.

El pequeño estado que insertamos al pié de estas líneas revela el cumplimiento que en esta parte ha desplegado, dando las órdenes convenientes para que á los enfermos se asistiese con prontitud, y se les remitiesen los socorros que tiene ofrecidos.

Nosotros aconsejamos privada y públicamente á la Empresa de *El Madrileño* que deje á un lado toda clase de ofertas de otro género, y que se dedique exclusivamente á la Caja de ahorros para casos de enfermedad.

LA REDACCION.

ENFERMOS SOCORRIDOS POR «EL MADRILEÑO.»

PRIMERA SEMANA DE JULIO DE 1865.

Núm. 1.º Certificación expedida por el licenciado en medicina y cirugía D. Juan José Ranll, en la villa de Arjona (provincia de Jaen) á favor del suscriptor D. José Herrera, presbítero.

Calentura catarral complicada con una inflamacion en el oído.

Días de enfermedad.—1.º de Julio al 9 inclusive, á 8 rs. 64

Convalecencia......—10 de id. al 14 id. á 4 rs. 20

TOTAL..... 84

Núm. 2. Certificación expedida por el licenciado en medicina y cirugía D. José María Mateos, en Alcalá de Guadaíra (provincia de Sevilla) á favor del suscriptor D. Antonio Oliveiro y Torres, vecino de la misma.

Afeccion reumática muscular en la parte superior derecha y algo esterna del pecho.

Días de enfermedad.—10 de Julio: no hay aviso de haber entrado en convalecencia, y se da orden al correspondiente que vaya suministrando los 8 rs. diarios hasta los quince primeros días, según el Reglamento. 120

OBRRAS QUE SE HALLAN DE VENTA EN ESTE ESTABLECIMIENTO, Y SE REMITEN AL QUE LAS PIDA.

LA COSMOGONIA DE MOISÉS, comparada con los hechos geológicos, por Mr. Marcel de Serres, y traducida y dedicada al clero, tres tomos.	50 rs.
REPUTACION DE ALGUNOS ERRORES SOBRE EL PONTIFICADO, por Luis Vauillat, traducido por Villedosola.	8
PLATICAS acerca de las principales doctrinas prácticas de la iglesia católica, por el cardenal Wiseman.	40

EL ORADOR SACRADO. Meditaciones para el mes de mayo y varios sermones: un tomo.	10
CARTILLA MÉTRICO-DECIMAL, por Gordillo, con tablas de reducción.	12

PERMUTA.

Un administrador principal de loterías de esta corte, cuyo establecimiento está situado en uno de los puntos más céntricos, y que sale por más de 20.000 reales anuales de sueldo, desea permutar con un tesoro ó contador de provincia, que disfrute al menos 16.000 reales, ó con un visitador de consumos ó guarda-almacen de efectos estancados en una de las provincias de primera clase.

En la imprenta de este periódico, Caballero de Gracia, núm. 15, se darán cuantos pormenores se pidan sobre el particular.

COMPANIA DE LOTERIA.

En el sorteo del 12 de Junio tuvo esta compañía un premio de CIEN DÜROS en el 2.510, tocando las acciones á 10 rs.

El sorteo de los regalos del presente mes, se verificará el 18 de agosto próximo.

Los recibos y periódicos para los que tienen derecho á ellos se les enviarán con la debida anticipacion, conocido el sorteo del 18 de agosto, para el mes de setiembre próximo.

LA CONCEPCION.

NEVA COLONIA.

Sin embargo del crecido número de señores accionistas que acudieron el Domingo último á la Junta, estos decidieron por unanimidad que se citara nuevamente para el Domingo 5 de agosto, á las doce de su mañana, en los Sajones de Capellanes, con objeto de discutir algunos puntos favorables á la citada Empresa.

Nosotros rogamos á todos los accionistas procuren no faltar á un acto que puede redundar en beneficio de todos.

SUSCRICION EN MADRID.

Por un mes.	8 reales.
Por tres meses.	20 id.

EN PROVINCIAS.

Tres meses.	26 reales.
Seis idem.	50 id.

EN EL ESTRANJERO Y ULTRAMAR.

Por un año.	120 reales.
(Franco de porte.)	

Colocacion en el Banco de Economías de un real por mes de suscripcion, para atender á las enfermedades de los suscritores.

La correspondencia se dirigirá al propietario del periódico, D. José Morales y Rodríguez, Caballero de Gracia, 15.

Propietario y editor responsable,

D. JOSE MORALES Y RODRIGUEZ.

MADRID, 1865.—Imprenta de J. M. y Rodríguez, Caballero de Gracia, 15, bajo.